

dos á un tiempo, con el mismo movimiento, extendieron su mano al joven oficial y volvieron á emprender su marcha hacia la iglesia.

El cura fué á ponerse la casulla y la estola. Juan condujo á Mad. Scott al banco reservado siempre, dos siglos hacía, á los dueños de Longueval. Paulina había tomado la delantera. Esperaba á miss Percival en la oscuridad, detrás de una columna de la iglesia. Por una estrecha escalera hizo subir á Bettina á la tribuna y la instaló delante del armonio.

Precedido de los monaguillos, el anciano sacerdote salió de la sacristía, y en el momento en que él se arrodillaba en las gradas del altar:

—Ahora es el momento, señorita, dijo Paulina, cuyo corazón latía con impaciencia. Pobre señor querido, ¡qué contento se va á poner!

Cuando se oyó el canto del órgano elevarse dulcemente como un murmullo y extenderse por toda la iglesia, el padre Constantino fué acometido de una emoción tal y de una alegría tan grande, que las lágrimas le asomaron á los ojos. No se acordaba de haber llorado desde el día en que Juan le había dicho que quería partir todo lo que poseía con la madre y hermana de los que habían caído al lado de su padre, heridos también por las balas alemanas.

Para encontrar lágrimas todavía en los ojos del anciano sacerdote, fué preciso que una americanita atravesara los mares y viniera á tocar un nocturno de Chopin en la iglesia de Longueval.

Segunda parte

~~~~~

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO HERNÁNDEZ"  
1925 MONTREY, MEXICO



#### IV

Al día siguiente á las cinco de la mañana tocaban á botasillas en el patio del cuartel. Juan montaba á caballo y se encargaba del mando de su sección. A fines de Mayo, todos los quintos del ejército quedan instruidos y aptos para poder tomar parte en los movimientos en masa. Ejecutan casi todos los días, en el polígono, maniobras de baterías enganchadas.

Juan tenía un gran entusiasmo por su carrera, y le gustaba vigilar con mucho esmero los tiros y las guarniciones de los caballos, el equipo y el aire marcial de los individuos; pero esta mañana no prestó mucha atención á los pequeños detalles del servicio.

Un problema le agitaba, le atormentaba, le tenía indeciso, y este problema era de aquellos

cuya solución no se da en la Escuela Politécnica. Juan no podía encontrar contestación precisa á esta pregunta que él se hacía:

—¿Cuál de las dos es la más bonita?

En el polígono, durante la primera parte de la maniobra, cada batería trabaja por su cuenta bajo las órdenes del capitán; pero muchas veces cede su puesto á uno de los tenientes con objeto de acostumbrarlos al mando de las piezas. Este día, precisamente desde el principio de la maniobra, el mando fué puesto en manos de Juan. Con gran sorpresa del capitán, para quien tenía el oficial la opinión de muy instruido, muy capaz y muy hábil, las cosas anduvieron todas al revés. Juan indicó dos ó tres movimientos en falso; no supo sostener ni rectificar las distancias, y los tiros, á fuerza de muchas vueltas, se encontraron en contacto inmediato. El capitán creyó deber tomar parte, y dirigió á Juan una pequeña reprimenda, que terminó con estas palabras:

—No comprendo nada. ¿Qué tiene usted esta mañana? Es la primera vez que le sucede.

Efectivamente, era la primera vez que Juan, en el polígono de Souvigny, veía otra cosa que no eran cañones ni cajas, ni soldados, sirvientes y conductores. Entre las grandes nubes de polvo que levantaban las ruedas de los carruajes y los pies de los caballos, Juan miraba, no la segunda batería montada del 9.º de artillería, sino la imagen retratada de las dos americanas de ojos negros y cabellos de oro. Y en el momento preciso

en que recibía el legítimo sermón de su capitán, Juan estaba diciéndose:

—¡La más bonita es Mad. Scott!

La maniobra todas las mañanas es suspendida á la mitad por un descanso de diez minutos. Los oficiales se reúnen y conversan. Juan permaneció separado de los demás, solo con sus recuerdos de la víspera. Su pensamiento le llevaba con obstinación á la casa del cura de Longueval... Sí, la más encantadora era Mad. Scott. Miss Percival no era más que una niña. Veía á Mad. Scott en la mesita del cura. Oía el relato que hizo con tanta franqueza y tanta libertad de acción. La armonía algo extraña de su voz particular y penetrante, encantaba todavía su oído. Se encontraba en la iglesia. La divisaba allí, inclinada sobre su reclinatorio, con su linda cabeza cubierta con sus dos manos. Después oía tocar el órgano en la oscuridad, á lo lejos, vagamente, y Juan veía el elegante y fino contorno de Bettina.

¡Una niña! ¡No era más que una niña! Las trompetas volvieron á tocar. La maniobra volvió á empezar, y esta vez afortunadamente no hubo mando ni responsabilidad. Las cuatro baterías ejecutaron movimientos reunidos. Se veía dar vueltas en todos sentidos á esta masa enorme de hombres, de caballos y coches, tan pronto desplegada en una larga línea de batalla, y con la misma velocidad reunida en un grupo muy compacto. Todos se paraban al mismo tiempo en toda la extensión del polígono. Los artilleros sirvien-

tes saltaban al suelo desde sus caballos, corrían hacia la pieza, la descolgaban de su avantrén, que se alejaba al trote, y la colocaban para hacer fuego con sorprendente rapidéz. Después los tiros de caballos volvían, los soldados sirvientes colgaban otra vez las piezas, se montaban vivamente, y el regimiento se lanzaba á gran carrera, atravesando el campo de las maniobras.

Bettina poco á poco en el pensamiento de Juan iba tomando ventaja sobre Mad. Scott. Se le aparecía sonriente y ruborosa bajo las doradas ondas de sus sueltos cabellos. Caballero Juan... ella le llamaba el caballero Juan, y nunca su nombre le había parecido más bonito. ¡Y los últimos apretones de manos al marcharse antes de subir al coche!... Miss Percival había apretado un poco más fuerte que Mad. Scott... sí, un poco más fuerte, sin duda ninguna. Se había quitado sus guantes para tocar el órgano, y Juan sentía todavía la presión de aquella manita desnuda que se había venido á acurrucar, fresca y suave, dentro de su tosca y fea zarpa de artillero.

—Me equivocaba hace un rato, decía Juan, la más bonita es miss Percival.

La maniobra se había concluído. Las baterías se colocaron las unas detrás de las otras, en grupos compactos, perfectamente alineadas las piezas, y el desfile tuvo lugar al gran trote con un ruido espantoso y un huracán de polvo. Cuando Juan, sable en mano, pasó por delante de su coronel, las imágenes de las dos hermanas se con-

fundían y se embrollaban tan divinamente entre sus recuerdos, se presentaban y desaparecían de tal manera la una en la otra, que venían á ser una sola y misma persona. Todo paralelo era imposible, gracias á esta singular confusión de las dos bellezas.

Mad. Scott y miss Percival quedaron de este modo inseparables en el pensamiento de Juan, hasta el día en que se le proporcionara una nueva ocasión de verlas. La impresión de este brusco encuentro no se borró más; persistió tan viva y tan dulce, que Juan se sentía agitado é inquieto:

—¿Habré hecho yo, se decía, la tontería de enamorarme tan locamente á primera vista? Pero no puede ser; se enamora uno de una mujer... y no de dos mujeres á la vez.

Esto le dejaba tranquilo. Era muy joven este robusto muchacho de veinticuatro años. Nunca el amor había entrado de lleno, franca y abiertamente en su corazón. No le conocía más que por las novelas. No era tampoco un angel. Encontraba gracia y hermosura en las costurerillas de Souvigny; cuando le permitían decirles que eran encantadoras, se lo decía con mucho gusto; pero en cuanto á experimentar amor en estas fantasías, que no producían en su corazón más que muy ligeras y muy superficiales agitaciones, jamás lo había advertido.

Pablo de Lavardens tenía maravillosas facultades de entusiasmo y de idealización. Su corazón albergaba siempre tres ó cuatro grandes pasio-

nes, que vivían en él fraternalmente y en muy buena armonía. Pablo tenía el talento de encontrar en esta villa de quince mil habitantes una cantidad de muchachas bonitas, todas puestas en el mundo para ser adoradas. Creía perpetuamente descubrir la América, cuando no hacía más que encontrarla á su paso.

Juan no había visto el mundo apenas. Se había dejado llevar, unas diez veces quizás, por Pablo á reuniones y bailes en los castillos de alrededor. Había traído de ellos siempre una impresión de molestia, disgusto y fastidio. Había deducido que estos placeres no estaban hechos para él. Tenía gustos serios y sencillos. Amaba la soledad, el trabajo, los paseos largos, los grandes espacios, los caballos y los libros. Era algo salvaje, un poco aldeano. Adoraba su pueblo y todos los viejos que habían sido testigos de su infancia y le hablaban de otros tiempos. Un rigodón en un salón le causaba un miedo insoportable, pero todos los años, en la santa patrona de Longueval, bailaba con toda su alma con las muchachas y labradoras del país.

Si él hubiera visto á Mad. Scott y á miss Percival en su casa en París, con todos los esplendores de su lujo, con todo el brillo de su elegancia, las hubiera mirado de lejos con curiosidad, como encantadores objetos de arte. Después hubiera entrado en su casa y dormido, sin duda ninguna, como de costumbre, lo más tranquilamente del mundo.

Sí, pero no habían pasado las cosas de este modo, y por eso era grande su asombro y su turbación. Estas dos mujeres, por una de las casualidades más grandes, las había conocido en un sitio que le era completamente familiar, y que para ellas había sido, por esta misma circunstancia, singularmente favorable. Desde el primer día fueron para él sencillas, buenas, francas, cordiales. Y además de todo esto, deliciosamente bonitas, lo cual no echaba á perder nada. Juan se había visto poseído en el instante de su encanto. Y lo estaba todavía.

En el momento en que bajó del caballo, á las nueve, en el patio del cuartel, el padre Constantino empezaba alegremente sus ocupaciones. La cabeza del anciano sacerdote, desde la víspera estaba ardiendo. Juan no había dormido mucho, y el pobre cura no había dormido nada.

Por la mañana, de madrugada, se había levantado, y con todas las puertas cerradas, solo con Paulina, había contado una y otra vez su dinero, extendiendo en la mesa sus cien luises, y como un avaro se complacía en revolverlo. ¡Para él todo esto! ¡Para él! es decir: para los pobres.

—No se corra usted demasiado, señor cura, decía Paulina, sea usted económico. Creo yo que si hoy distribuyera usted un ciento de francos...

—Eso no basta, Paulina, no basta. No volveré á tener un día como éste en mi vida. ¡Y ya que lo he tenido! ¿Sabes cuánto pienso dar, Paulina?

—¿Cuánto, señor cura?

—Mil francos.

—¡Mil francos!

—Sí, somos ahora millonarios. Tenemos los tesoros de la América, y más adelante haré economías. Hoy, no por cierto. No tengo derecho á ello.

Después que dijo su misa á las nueve, salió á hacer su excursión, y fué aquello por todo el camino una lluvia de oro. Tuvieron todos su parte, los que confesaban su miseria y los que la ocultaban. Cada limosna iba acompañada además de un discursito.

—Esto me viene de las nuevas dueñas de Longueval, dos americanas... Mad. Scott y miss Percival. Tengan ustedes bien en su memoria sus nombres, y rueguen á Dios por ellas esta noche.

Después se escapaba sin aguardar las gracias, atravesando los campos, los bosques, de caserío en caserío, de cabaña en cabaña, iba andando sin cesar... Una especie de embriaguez le subía al cerebro. Por todas partes por donde pasaba no se oían más que gritos de alegría y asombro. Todos estos luíses de oro caían como por milagro en aquellas pobres manos acostumbradas á recibir pequeñas monedas de plata. El cura llegó hasta hacer locuras, verdaderas locuras; estaba ya lanzado, no sabía lo que hacía ni podía contenerse. Daba hasta á aquellos que no le pedían.

Encontró á Claudio Rigal, antiguo sargento que había dejado un brazo en Sebastopol, encanecido,

porque el tiempo no pasa en balde, y los soldados de Crimea serán bien pronto ancianos.

—Mira, le dijo el cura, toma veinte francos.

—¡Veinte francos! Pero si yo no pido nada, no necesito nada. Tengo mi retiro.

¡Su retiro! ¡Setecientos francos!

—Pues bien, respondió el cura, será para comprar cigarros, pero escucha bien, esto viene de América...

Y empezaba su pequeña relación sobre los dueños de Longueval

Entró en casa de una buena mujer, cuyo hijo el mes anterior había marchado á Túnez.

—Vamos, ¿cómo le va á tu hijo?

—No le va mal, señor cura, recibí ayer una carta suya. Está bien de salud y no se queja; solamente dice que no háy kroumies... ¡Pobre chico! Le he hecho algunos ahorros en este mes y creo que pronto le podré enviar diez francos.

—Usted le enviará treinta... Tome usted.

—¡Veinte francos, señor cura! ¡Me da usted veinte francos!

—Sí, se los doy á usted.

—¿Para mi chico?

—Para su chico... Sólo que, escúcheme bien, es necesario que sepa usted de dónde vienen; tenga buen cuidado de decirle á su hijo cuando usted le escriba...

Y el cura, por la vigésima vez, repitió su pequeño panegírico de Mad. Scott y de miss Percival.

A las seis entró en su casa abatido por el cansancio, pero con la alegría en su alma.

—Lo he dado todo, exclamó él en cuanto vió á Paulina; ¡todo, todo!

Comió y se fué por la tarde á su oficio del mes de María, pero en el momento de subir al altar el armonio permaneció mudo. Miss Percival no estaba allí ya.

La pequeña organista del día anterior estaba en estos momentos muy perpleja. Encima de los dos divanes de su cuarto de tocador se veían dos vestidos con grandes volantes, uno blanco y otro azul. Bettina se preguntaba cuál de los dos se pondría para ir aquella noche á la Opera. Le parecían ambos deliciosos, pero no había más remedio que escoger. No se podía poner más que uno. Después de una larga incertidumbre se decidió por el vestido blanco.

A las nueve y media, las dos hermanas subían por la escalera grande de la Opera. Cuando ellas entraron en su palco, el telón se levantaba para el segundo acto de *Aida*, el acto del baile y de la marcha.

Dos jóvenes, Rogelio de Puymartín y Luis de Martillet, se encontraban sentados en la primera fila de butacas. Las bailarinas todavía no habían salido á la escena, y estos señores desocupados se divertían en mirar la sala. La aparición de miss Percival hizo sobre los dos una impresión muy viva

—¡Ay! ¡ay! dijo Puymartín; mira la barrita de oro.

Los dos dirigieron los gemelos sobre Bettina.

—Está deslumbradora esta noche el lingotito de oro, continuó Martillet... Mira... Es una pura maravilla... ¡Qué perfil el de su cuello!... ¡Qué coyuntura la del brazo!... Tan joven, y ya una mujer.

—Sí, es encantadora... y natural como ella sola.

—¡Quince millones, según parece, quince millones suyos, bien suyos, y la mina de plata produciendo siempre!

—Berulle me ha dicho veinticinco millones... y está muy al corriente de las cosas de América.

—¡Veinticinco millones! Bonito banco para Romanelli.

—¡Cómo! ¿Romanelli?

—Corre el rumor de que se casa con ella y que el matrimonio es una cosa decidida.

—El matrimonio está ya decidido, es verdad, pero es con Montessan y no con Romanelli... ¡Ah! al fin ya tenemos el baile.

Cesaron su conversación. El baile en *Aida* no dura más que cinco minutos, y ellos no venían allí más que por los cinco minutos. Importaba gozar de esto respetuosa y religiosamente, porque ocurre una cosa muy particular en un gran número de abonados á la Opera, que alborotan como cotorras cuando conviene callarse para oír, y que

observan, por el contrario, un admirable silencio cuando es permitido hablar y mirar.

Las heroicas trompetas de *Aida* habían dejado oír su última tocata en honor de Radamés. Delante de las grandes esfinjes, bajo el verde follaje de las palmeras, las bailarinas avanzaban chispeantes y tomaban posesión de la escena.

Mad. Scott, con mucha atención y placer, seguía las evoluciones del baile; pero Bettina bruscamente se puso pensativa, viendo en un palco, al otro lado de la sala, un joven alto y moreno. Miss Percival se hablaba á sí misma y se decía:

—¿Qué haré? ¿Qué decidiré? ¿Es preciso casarme con ese hermoso joven alto que está allí enfrente, y que me dirige los anteojos?... Porque á mí es á quien mira... Va á venir en seguida, durante el entreacto, y cuando entre yo no tendré más que decirle: «Está hecho; aquí está mi mano... Seré vuestra mujer.» ¡Y estará hecho! ¡Princesa, seré princesa... princesa Romanelli! ¡Princesa Bettina! ¡Bettina Romanelli! Esto cae divinamente y suena muy bonitamente al oído... La señora princesa está servida... ¿La señora princesa montará mañana por la mañana á caballo?... ¿Esto distraerá á la señora princesa?... Sí... y no... Entre todos estos jóvenes que hace un año en París vienen en pos de mi dinero, este príncipe Romanelli es aún el menos malo... Será preciso que me decida uno de estos días á casarme... Creo que me quiere... Sí, pero yo... ¿le quiero? No, creo que no... ¡y á mí me gustaría tanto amar!... Sí, sí, ¡amaría yo tanto!

A la misma hora precisamente en que estas reflexiones pasaban por la linda cabeza de Bettina, Juan, solo en su despacho, sentado delante de su mesa, con un gran libro abierto debajo de la pantalla de su lámpara, repasaba, tomando notas, la historia de las campañas de Turena. Estaba encargado de explicar un curso á los sargentos del regimiento, y por pura prudencia preparaba su lección del día siguiente.

Pero he aquí que de repente, en medio de sus notas: Nordlingen, 1645; las Dunas, 1658; Muhlhausen y Turckheim, 1674-75, se fija y ve un croquis... Juan no dibujaba mal. Un retrato de mujer acababa de colocarse debajo de su pluma. ¿Qué había venido á hacer allí en medio de las victorias de Turena, esta linda muchachita?... Y además, ¿quién era? ¿Mad. Scott ó miss Percival?... ¿Y cómo lo podía saber?... ¡Se parecían tanto!... Y Juan, con gran pena y gran trabajo, volvía á estudiar la historia de las campañas de Turena.

En este mismo momento el cura Constantino, de rodillas delante de su catrecito de nogal, llamaba y suplicaba con todo el fervor de su alma los dones del cielo para aquellas mujeres que le habían hecho pasar un día tan dulce y tan dichoso. Rogaba á Dios que bendijera á Mad. Scott en sus hijos y concediera á miss Percival un marido según el deseo de su corazón.